

## Tipos de Aquí

IV

### LOS LANZA BOLAS

\* \* \*

(Por José Sánchez-Arcilla)

\* \* \*

**E**L tipo de lanza bolas es más cubano que el mismísimo casabe. Florece en estas tierras hijas del sol de una manera prodigiosa. En cada esquina nos sale al paso; nos detiene, nos saluda, y nos dice:

—Perdóname que hable en voz baja, pero es que...

—¿Estás afónico?

—¡No, chico! Es que te voy a decir una cosa muy grave.

—¿De qué se trata?

Después de convencerse de que no hay nadie en torno suyo, prosigue:

—Verás... Sé de buena tinta que...

Y le endilga a usted un rosario de augurios funestos que le ponen la carne de gallina, y en condiciones de tomar el primer aeroplano que salga para Miami.

Naturalmente, impresionado por semejante noticia, sigue usted calle arriba, y trasmite las palabras del simpático lanza bolas al primer amigo que se encuentra.

—No lo corras; pero me consta. Fulano que está muy bien enterado, me lo dijo hace cinco minutos.

—¡Qué horror!

Y sigue rodando la bola por esas calles de Dios, hasta que llega a su propia casa. Así, cuando usted saluda a su esposa, ésta, que ya está enterada de todo, porque la señora de un amigo se lo dijo por teléfono, lo recibe con las siguientes palabras:

—¡Estoy erizada! ¿No sabes?

Y le repite al pie de la letra lo que usted lleva embuchado y haciéndole un daño atroz.

A las seis de la mañana, se levanta y se precipita sobre el periódico con verdadera ansiedad. Espera encontrar la noticia en la primera plana, bajo unos titulares gruesos y fatídicos. Pero sólo halla la buena nueva de que Martínez Fraga prepara un nuevo alegato, que los japoneses siguen avanzando y que Franco ha obtenido una nueva victoria—o derrota, según la tendencia del periódico que usted lea.

Corre junto a su esposa, que duerme pacíficamente, y le dice:

—No hay nada.

—No hay nada ¿de qué?

—De aquello; de lo de anoche.

—Y llegan al convecimiento de que todo fué una bola más, lanzada por un profesional.

Pero no escarmenta usted. A la semana justa, ya anda otra vez por esas calles de Dios completamente desoconcertado ante la noticia que otro lanza bolas ha tenido a bien colocarle con elegante ingenuidad.

—¡Ahora sí es cierto!—dice usted. Cuando el río suena...

Y usted aumenta el sonido del río echando su piedrecita, porque la imaginación tropical es fecunda y maravillosa.

Y así vive usted un año, dos, tres, cuarenta, sirviendo de agente propagador de noticias alarmantes y de cándido vehículo de los lanza bolas profesionales.

Esto, desde luego, tiene sus ventajas. Poco a poco, se va volviendo indiferencia, y el día que ve el incendio de La Habana—¡oh, manes de Nerón!—permanece más sereno que el que me abre todas las noches la puerta de mi casa.

\* \* \*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA